

x:rite

colorchecker CLASSIC

R-48.261

25

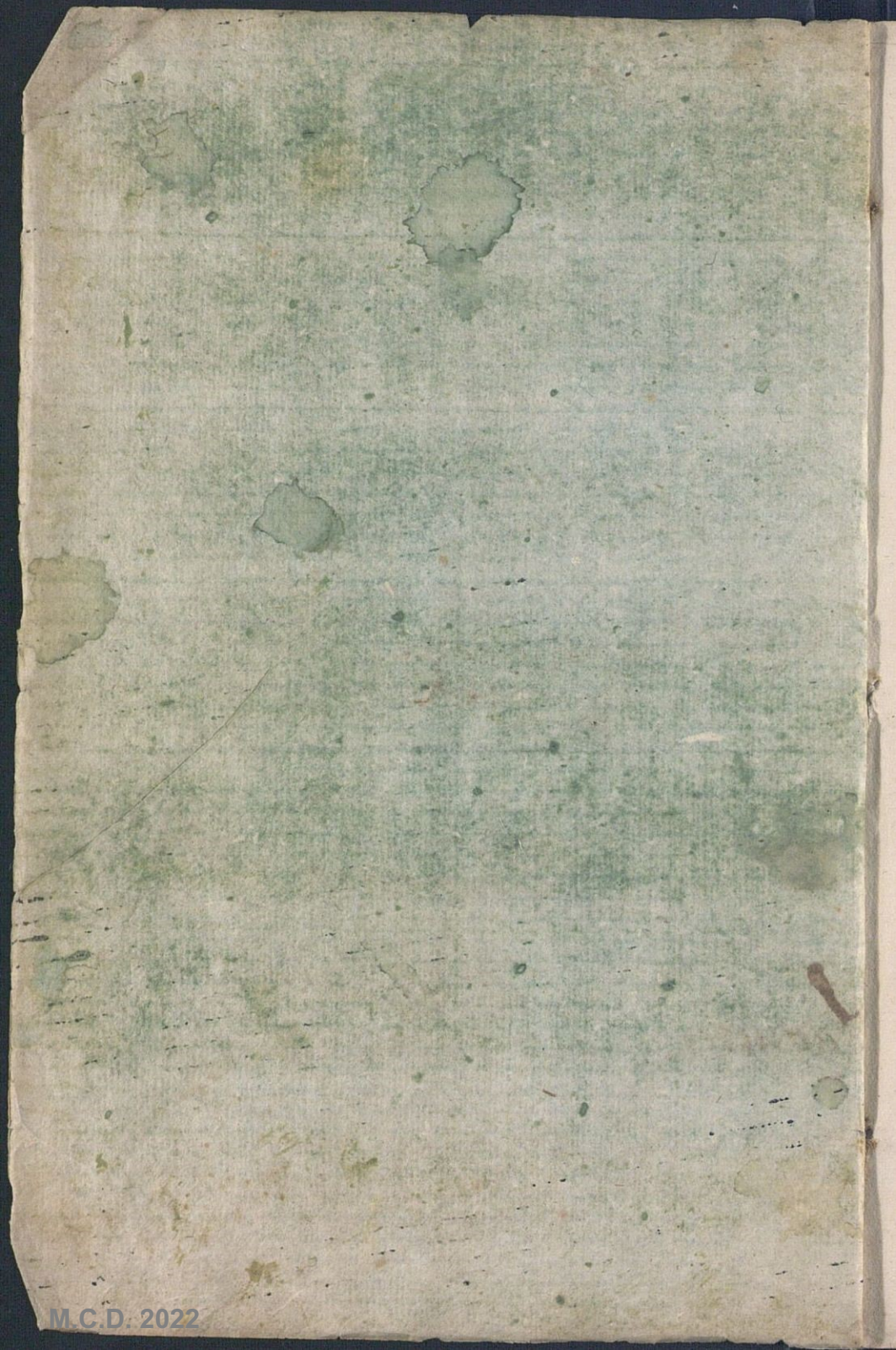
ORACION FÚNEBRE  
QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS  
DE LA REYNA Ntra. Sra.  
**DOÑA MARIA ISABEL**  
DE BRAGANZA  
CELEBRADAS  
POR LA M. I. CIUDAD DE BARBASTRO  
DIJO  
EL P. BARTOLOMÉ MIRALLES DE S. ANTONIO  
DE LAS ESCUELAS PIAS.

CON LICENCIA:  
En Zaragoza: Por Francisco Magallon,  
año 1819.



A-1. 387-16







R- 48.261

25

ORACION FÚNEBRE  
QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS  
DE LA REYNA Ntra. Sra.  
**DOÑA MARIA ISABEL**  
**DE BRAGANZA**  
CELEBRADAS  
POR LA M. I. CIUDAD DE BARBASTRO  
DIZO  
*EL P. BARTOLOMÉ MIRALLES DE S. ANTONIO*  
DE LAS ESCUELAS PIAS.

CON LICENCIA:

*En Zaragoza* : Por Francisco Magallon,  
año 1819.



ORACION FUNERRE  
QUE EN LAS SOLES ASESORIAS  
DE LA REINA NTRA. STA.  
DOÑA MARIA ISABEL  
DE BRAGANCA  
CELEBRADAS  
POR LA M. I. CIUDAD DE BARASTO  
DIO  
EL P. BARTOLOME WRAJES DE S. ANTONIO  
DE LAS ESCUELAS FIAS.

CON LIBROS  
En Zaragoza: Por Francisco Magallon  
año 1819.



## EXEQUIAS REALES.

*Cuando la nobilísima y siempre leal ciudad de Barbastro esperaba por momentos la plausible noticia del feliz alumbramiento de la Reyna nuestra señora, Doña Maria Isabel de Braganza, que en paz descansa; recibió la triste nueva de su temprano y repentino fallecimiento. Este golpe no esperado cubrió de luto toda la ciudad, y dejó penetrados de dolor los sensibles pechos de sus fieles habitantes. Poco tardó en llegar la Carta del REY nuestro señor, en la que despues de noticiar la muerte de su augusta Esposa, ordenaba se le hiciesen los acos-*



tumbrados funerales. Leida la Real Carta en pleno Ayuntamiento renovó el dolor en este Ilustre Cuerpo; y para manifestar la parte que tomaba en el sentimiento del Soberano, determinó dar pronta ejecucion á las órdenes de S. M. Para desempeñar con mas actividad asunto tan grave nombró la ciudad dos caballeros Regidores, que no perdonaron trabajo ni fatiga de cuantas creyeron necesarias, para hacer mas lucida la funcion. Dióse aviso al M. I. Cabildo para que mandase redoblar las campanas de su catedral y demás templos de la ciudad, y al mismo tiempo señalase dia para celebrar las exequias de la difunta REYNA. El dia seis de enero comenzó el redoble de campanas, que continuó por espacio de nue-



ve dias, convidando de este modo al pueblo fiel á hacer oracion por el alma de su amada REYNA y Señora. Para celebrar sus virtudes nombró la M. I. Ciudad al P. Bartolomé Miralles de S. Antonio de las Escuelas Pías, y fijóse el dia diez y nueve del mismo mes, para hacer á la difunta Soberana los obsequios, con que la Religion cónsuela á los vivos en la pérdida de sus mas caros objetos. Entretanto los SS. Comisionados trabajaban con esmero en disponer las cosas necesarias para las Reales Exequias, y especialmente en la fábrica del túmulo que se levantó en la nave principal de la iglesia cathedral entre el coro y el presbiterio. No nos detendremos en hacer una larga y circunstanciada enumeracion de todas sus partes. Cu-



bierto de negras bayetas, iluminado con un gran número de hachas y cirios, ofrecia á la vista un espectáculo grandioso; pero triste y melancólico para los ciudadanos de Barbastro, que veian en él representada la muerte de su amada Soberana. Este magnífico cenotafio estaba decorado con varios epigramas latinos y españoles, escritos con hermosos y diferentes caracteres, en los cuales los PP. de las Escuelas Pías expresaron la pena y quebranto de toda la ciudad, y manifestaron al mismo tiempo el tierno cariño hácia sus Soberanos, que siempre ha caracterizado á este Cuerpo, y que no cesan de infundir en el inocente corazon de los niños que frecuentan sus escuelas. En el centro del tablado se veia la Tumba Real, cubierta de un riquísimo



paño, sobre el cual descansaba una corona con los demás símbolos que representaban el Real Cadáver de S. M. Dispuestas en este modo las cosas necesarias, y convidadas para solemnizar la función todas las corporaciones de la ciudad con la Nobleza y Cuerpo de caballeros Oficiales del segundo de Cantabria, alojado en este pueblo; llegó la tarde del diez y ocho de enero, en que se debía dar principio á las Exequias Reales. A las dos y media de la tarde sonaron las campanas que llamaban al templo al pueblo fiel, para que acompañase con sus humildes votos las públicas oraciones de la Iglesia. Congregado el M. I. Ayuntamiento en las casas consistoriales, y reünidos los caballeros Oficiales con la Nobleza y los diferentes gremios de la ciu-



dad; se formaron en procesion, y pasaron á la cathedral. Cerraba la marcha fúnebre un piquete de sargentos ricamente vestidos, que debian hacer la guardia á la tumba y capelardente. Llegados al templo ocuparon los asientos que tenian prevenidos, y se dió principio á las vísperas de difuntos, que se cantaron con la mayor solemnidad, y asistencia de este pueblo religioso. Ofició en ellas el Ilmo. Sr. D. Juan Nepomuceno de Lera y Cano, dignísimo Obispo de esta Sta. Iglesia, quien á pesar de sus habituales indisposiciones y cortedad de vista quiso tributar este obsequio á la Reyna nuestra señora, haciendo con los ornamentos pontificales mucho mas vistosa la funcion. Acabadas las vísperas se entonaron los maytines de difuntos, á



9

los que asistió también la M. I. Ciudad, y ofreció à la difunta REYNA este acto de devocion no acostumbrado en tales ocasiones. Era ya entrada la noche cuando se acabaron las laudes, y se retiró el Magistrado á las casas consistoriales con el mismo acompañamiento con que fué á la Catedral. En la mañana del día siguiente acudieron todas las Comunidades religiosas á cantar los responsos de costumbre al rededor de la tumba de S. M. A las nueve volvieron á sonar las campanas, y congregado el M. I. Ayuntamiento como la tarde antecedente, se dirigió al templo con la Nobleza, Caballeros Oficiales, y demás acompañamiento. Cantóse una Misa de difuntos muy solemne que celebró su Ilma.: la cual acabada, el Orador subió á



*la cátedra del Espíritu Santo, y desde aquel trono de verdad, de donde oye el pueblo de Jesucristo los mas augustos dogmas de la Religion, ponderó en una elegante y patética oracion fúnebre las virtudes heroicas de la difunta Princesa. Despues de haber considerado las disposiciones admirables de la divina Providencia, para colocar sobre el trono de las Españas á Doña María Isabel de Braganza, infanta de Portugal, despues de haber manifestado las dotes singulares de su espíritu, y aquellas prendas relevantes que admiraron los españoles en el breve tiempo que vivió entre nosotros, renovando el ejercicio de las prácticas de devocion y piedad que hicieron las delicias de nuestros mayores, y condenando con su ejemplo los abusos introducidos en la madre pa-*



tria por la iniquidad de los tiempos; al hablar el orador de su ardiente caridad para con aquellos infelices, que abandonados, ó no conocidos de los mismos que les dieron ser, viven en la casa del dolor, alimentándose con llantos y gemidos: fué tanta la comocion que excitó en el inmenso pueblo que ocupaba los espaciosos ámbitos del templo, que le fué necesario suspender varias veces el discurso para dar lugar á las tiernas y dolorosas lágrimas, que expresaban el sentimiento y pena que oprimia sus corazones sensibles en la muerte de la mejor de las Reynas, y de la madre mas benéfica y compasiva. Concluida la oracion fúnebre subió al túmulo S. Ilma. en brazos de sus ministros los S.<sup>res</sup> Arcedianos, y se cantaron solemnemente cinco responsos, con los cua-



les se dió fin á las exequias de S. M.,  
restituyéndose el M. I. Ayunta-  
miento á las casas consistoriales,  
acompañado de la Nobleza, Caba-  
lleros Oficiales, y corporaciones de  
la ciudad.





## ORACION.

*In brevi explevit tempora multa. Sap.  
C. IV. v. XIII.*

En breve llenó muchos tiempos. Cap. 4.  
v. 13 de la Sabiduría.

**E**s desgracia harto comun de los monarcas , que sean tan respetados y adorados en el mundo mientras dejan caer de sus reales manos las gracias , los empleos , y los destinos de los hombres ; como mirados con la mas helada indiferencia , cuando la muerte inexorable asalta sus palacios , y derribándolos del trono , los iguala con el resto de los mortales. Ni la grandeza del golpe mas terrible cuanto da mas alto : ni el lu-



to que cubre la nacion : ni el sonido lamentable con que se anuncia su muerte tantos dias : ni el lúgubre aparato de sus funerales : ni la pública demonstracion de todas las corporaciones que asisten enlutadas á sus exequias : ni los muchos favores concedidos : nada basta á mover los corazones de los pueblos ; nada basta á arrancar una lágrima en el fallecimiento de los reyes , que no fueron benéficos y justos. ¡ O vanidad de las grandezas humanas ! ¡ O vanidad de los pensamientos de los hombres ! Y ¿ no habrá uno que se libre de esta fatal suerte ? Ni tú , augusta REYNA ? Amable Isabel , piadosa Isabel , benéfica Isabel , ¿ tampoco tú merecerás á tus pueblos una memoria tierna y dolorida ? Tus gracias , tus prendas , tus virtudes ,



tu preciosa vida tan pronto arrebatada, ese fracaso funesto y repentino ¿tampoco llegará al alma de aquellos españoles que tanto te veneraron en el solio? Ó Reyna! ó nieta! ó hija! ó esposa de altos Reyes! ¿Tus títulos, tu nombre, tu Alteza, tu Magestad y gloria Real, todo va á perderse en la obscuridad del sepulcro? No seguramente: porque tu beneficencia, tu justicia, tu Religion viene á sostenerte, á defenderte de la injuria de los hombres y del tiempo. ¡Tan cierto es que no hay cosa grande ni duradera fuera de la Religion! Esta que nos manda mirar á los reyes como padres, y honrarlos como á los representantes de Dios sobre la tierra; la Religion que nos ha reunido en este santo templo para ofrecer el solemne sacrificio del



Cordero en sufragio de su alma; la Religion que transforma nuestros cuerpos, que los sepulta corruptibles, y sabe resucitarlos espirituales, incorruptibles y gloriosos; la divina Religion que triunfa de la muerte y del infierno, erigirá un sublime monumento mas sólido que el mármol, mas estable que los imperios, y mas duradero que el mundo: un monumento apoyado en las heroicas virtudes que harán apreciable tu memoria: en las virtudes que llenaron en poco tiempo los espacios de una vida dilatada: en las virtudes que fueron las delicias de tu augusto esposo, y la admiracion de la España: en las virtudes que te hicieron amada de Dios y de los hombres. Las virtudes son las únicas que constituyen la verdadera grandeza, las que no se confunden con el



polvo, las que se cuentan de generacion en generacion, las que nos siguen en el camino inmensurable de la otra vida, las que nos llevan à la presencia de Dios, y nos dan asiento en las moradas celestiales. No permita Dios, que aborreciendo la adulacion por carácter, y á vista de la muerte que hace desaparecer las ilusiones de la vida, profane yo este sagrado lugar con la mentira. No, hermanos míos: si nuestra augusta Reyna no hubiese dado ejemplos de una conducta irreprochable, yo no habria sabido fingirlos: mas en los cortos años de su reynado dejó tantas lecciones que aprender y que imitar, que al escucharlas vosotros habreis de confesar conmigo, que la pérdida de nuestra piadosa Reyna es muy digna de llorarse; y una de las mayores que nuestra



España pudiera experimentar. No pretendo entrar ahora en los arcanos de la política humana, ni descorrer el velo misterioso que encubre cuidadosamente los designios de los Soberanos; solo tomaré en las manos el libro de la vida, aquel libro respetable que nos abrió el Corde-ro de Dios para nuestra instruc-cion y utilidad; y con él á la vista mostraré los caminos ocul-tos de la Providencia divina que pocos reconocen, y todos siguen sin resistencia. En este gran li-bro veo muchos justos persegui-dos, atribulados, expuestos va-rias veces á peligro de muerte, y siempre conservados por la ma-no poderosa del Señor, que los guardaba para cumplir sus de-signios soberanos. Cuando Josef fué vendido en Egipto y luego



encarcelado, ¿quién diría, que Dios le enviaba para salvar á su padre Jacob con toda su familia? Arrojado Moysés á las aguas, ¿quién pensaría que Dios exponía aquel niño para quebrantar con su vara la indomable cerviz de Faraon? Cuando la hermosa Estér gemia en cautiverio con su pobre tío Mardoqueo, ¿quién creeria, que Dios le preparaba el solio de Asuero para destruir el poder del orgulloso Amán, y libertar á los Israelitas? Otras veces arrebatá el Señor á los justos repentinamente, porque el mundo no los merece, porque no sean envueltos en la venganza que medita contra los pecados, y porque no se vicien y corrompan con los malos ejemplos, ó por otros fines dignos de su Providencia siempre adorable. Así libró á Enoc



trasladándole al cielo : así salvó á Lot, sacándole por un Ángel de Sodoma : así arrebató á Elías en un carro de fuego. Segun esta economía bien podré decir, que Dios ha usado de la misma misericordia con la piadosísima Reyna, que nos preservó de mil peligros para nuestro bien, y nos quitó en sus mas floridos años para su salvacion.

Es cosa triste volver los ojos hácia los tiempos que han pasado: estremécese el ánimo al contemplar los últimos anales de la España, que vió represensar en su teatro las escenas escandalosas, que ya habian pasado en otros paises, y no fueron creidas. Vimos un hombre nuevo, sagaz, y poderoso, que aprovechándose de las divisiones de su patria, supo sentarse en el solio de los Henriques



y Luises, y luego amagar de allí á los demás estados de la Europa. Dios que reyna sobre los centros y señoríos, Dios en cuyas manos estan los corazones de los reyes y las riendas de los imperios, Dios que los eleva y los abate conforme á sus decretos, y que castigando á unos, levanta al parecer á otros no menos delinquentes para confundirlos despues con su soberbia; Dios concedió bastante poder y fortuna al formidable Napoleon para trastornar las antiguas monarquías.

Tocó su vez al reyno de Portugal: y un padre hubo de consentir á la ley irresistible del mas fuerte, y dar paso libre, y auxiliar á las legiones orgullosas que volaban á derribar el trono de su hija. La desgraciada hija de Carlos IV D.<sup>a</sup> Carlota de Borbon, su



augusto Esposo, las S.<sup>mas</sup> Infantas D.<sup>a</sup> Maria Isabel, y Francisca de Asís, bajaron temblando del solio de sus mayores : y dejando la casa de sus padres , su cara patria, y sus amados pueblos; fiaron su vida y su fortuna á un leño endeble, temiendo mas del furor de Bonaparte, que de la bravura de las olas encrespadas. En este caso adverso , en tan dolorosa huida, ¿ qué era la inocente Isabel á los ojos de los hombres? ¿ Era mas que un objeto de mayor dolor para sus padres angustiados? ¿ Era mas que una triste compañera de tan ilustres fugitivos? ¿ Pudo nadie figurarse, que esta virtuosa Princesa, que navegaba entonces los senos procelosos del Atlántico, ni siquiera volveria á España á coger los frutos de la primera virtud que sembrò en ella? Que



Dios viendo su ternura y el respeto filial con que consolaba á sus augustos padres, y la humilde resignacion con que llevaba la adversidad, quisiera defenderla de las borrascas y de los fieros uracanes; era de esperar de aquel Padre bondadoso, que cuenta los cabellos de todas sus criaturas: pero que la amable Isabel ocupase un lugar tan distinguido en los decretos del Todopoderoso, que estuviese destinada para ser Reyna de dos mundos; semejante idea hubiera pasado por delirio entre los grandes y sabios de aquel tiempo.

Repasad conmigo, hermanos míos, aquellos dias calamitosos en que allanado el Portugal, dió el usurpador un paso mas en sus arrojados: y ocupada la España artificiosamente, y cautivados nuestros



Reyes y Príncipes, gritaba con insolencia y con orgullo: *No hay casa de Braganza: no hay casa de Borbon.* ¡ Quien dijera entonces á Bonaparte en la embriaguez de su fortuna? « Insensato! el Dios de los ejercitos tiene preparado el dia de tu oprobio: y un feliz renuevo de esas dos nobilísimas Casas que tú das por caidas, crece allá trasplantado en las fértiles riberas del Janeiro, y vendrá á hacer las delicias de ese reyno español que has usurpado. » Pues ello ha sucedido; y no por azar, ni por acaso que no cabe en los consejos eternos, sino dispuesto sabiamente por el Arbitro soberano de cetros y coronas, que sacó á nuestra ilustre Princesa de las escenas de sangre que habrian horrorizado su sensible corazon, y la salvó en el continente ameri-



cano, para colocarla despues en el seno de sus fidelísimos españoles. Y ¿quién sabe, ¿quién sabe, si la revolucion de tantos años, y tantas maravillas que hemos visto en ella, fueron dirigidas por el dedo de la Providencia para sentar á la excelsa Isabel en el trono de las Españas? Lo cierto es que si Napoleon no hubiese invadido nuestro suelo, el augusto Fernando aun no reynaria.

Entretanto la sabia Carlota gozaba en el retiro del Brasil, de la quietud y sosiego necesario, para formar el dócil corazon de la bellísima Isabel, é ilustrar su grande alma: ocupacion noble y verdaderamente regia, que podia tomar y tomó á su cargo una madre tan ilustrada, que habia recibido las lecciones del hombre mas sabio y religioso que tuvo tal



vez España en el siglo diez y ocho? Inmortal Scio! Tú, que abriste á los príncipes el libro de la Sabiduría, que en algun modo habia estado para muchos cerrado tantos siglos; tú, de cuyas manos le recibió la piadosa Carlota; tú, que la educaste sobre este preciosísimo modelo; tú que viste complacido desde lo alto los admirables progresos que hacia nuestra Princesa, escuchando con la mayor atención las santas máximas que aprendió de tí su augusta madre: tú la viste repetir con frecuencia, *que los hombres, que los grandes, que los reyes son nada, nada valen, nada pueden, sino temen á Dios, y guardan con fidelidad sus mandamientos.* Tú la viste grabar profundamente en el ánimo de Isabel, *que el hombre sabio de este modo puede mas que el fuerte, mas*



que el batallador, mas que el domador de las naciones. Esta fué la primera leche que recibió nuestra buena Reyna: este el sólido pan que comió en los años de su niñez: estos los documentos que aprendió en su juventud, y estampando en su noble pecho los preceptos del Señor, echó los fundamentos de su grandeza, de aquella grandeza que sirve á la piedad, de aquella grandeza que dura eternamente, porque sus cimientos se apoyan en la firme piedra que es Jesucristo. Enseñada á llevar la cruz como divisa del cristiano, y á conformarse en la desgracia que es la maestra de los poderosos; la pacientísima Isabel se hizo digna del honor y de la corona, á que Dios la llamaba desde el cielo. Su excelso brazo habia sacado



ya de las prisiones á nuestro católico Monarca, la España recobrado su independencia, y asegurado su legítimo Rey en el solio. Falta-  
ba solamente una digna compañera que suavizase sus inmensas fatigas, y perpetuase la sucesion á la monarquía. No era fácil hallar una esposa, que á las elevadas cualidades de reyna juntase las mas eminentes virtudes de católica cristiana, que exigen las leyes del estado, y entonces mas que nunca pedia nuestra deplorable situacion. Dios que de cuando en cuando permite se abran los pozos del abismo, dejó en esta época, que nuestro hermoso horizonte se cubriese de aquel espeso humo que llega á obscurecer el sol : y la bestia del error, de la heregía, y de la impiedad unida al monstruo feroz de la ignorancia, hacia los mayores



estragos en este pueblo próximo á su ruina. ¡Qué trastorno de ideas y de costumbres se vió entonces! qué indocilidad en los ánimos! qué insubordinacion! qué descaro en las palabras! qué desenfreno en las acciones! qué de insultos á la magestad real! qué menosprecio de la sagrada Religion! Esta preciosa margarita, de la que España fué depositaria tanto tiempo y con tanta gloria, el riquísimo patrimonio que nuestros padres conservaron con rios de sangre, el eterno testamento que sellaron nuestros mayores con siete siglos de trabajos y de muertes, iba á desaparecer de entre nosotros; cuando he aquí, que primero con la venida de Fernando, despues con la de su augusta Esposa, amaneció en los confines españoles la hermosa aurora del día mas claro y resplandeciente,



que vió nuestra patria en muchos siglos. La dichosa nave encargada de las nobilísimas princesas D.<sup>a</sup> Maria Isabel, y Francisca de Asís, y del preciosísimo tesoro de sus virtudes, vino domando las soberbias olas, y atónito el océano à su vista, aportó felizmente en Cádiz entre los vivas y aclamaciones de sus habitantes, que miraban este venturoso himenéo como el principio de su sólida felicidad. ¡Qué de bienes anunció la modesta y amable presencia de Isabel! ¡Qué de esperanzas concibieron los pueblos de su augusto nombre, nombre fausto y feliz para la España! ¡Qué pronto apareció el vivo retrato de aquella heroína, de la incomparable Isabel, que en poco tiempo hizo mas que seiscientos reyes, que supo reünir los miembros de la madre patria divididos



y despedázados por espacio de se-  
tecientos años, y elevar la monar-  
quía al cenit de su grandeza!

El cuadro que España ofreció  
á los ojos perspicaces de nuestra  
dignísima Reyna era verdadera-  
mente triste y lastimoso: pero las  
profundas heridas que le presen-  
taba la santa Religion, penetra-  
ron mas y mas su pecho. Las sa-  
bias y oportunas providencias del  
Monarca atajaban el mal á paso  
lento: la religiosa Reyna halló un  
remedio mas pronto, mas activo  
y eficaz que todas las leyes; y fué  
su ejemplo en los ejercicios de  
piedad y de religion. En los re-  
yes todo obliga, todo manda. Sus  
palabras, su silencio, sus miradas,  
y principalmente sus acciones son  
el único libro que se estudia en  
los palacios: son las leyes que se  
cumplen con rigor: de aquí to-



man su norma los príncipes y los grandes : estos la comunican á la nobleza, y por imitacion la toman las ciudades, los pueblos, y las aldeas : con que los reyes poseen el admirable secreto de hacer buenos ó malos á sus vasallos. Buenos, cristianos, temerosos de Dios, y verdaderamente católicos los deseaba la piadosísima Isabel, desde que se vió constituida madre universal de los españoles, alentándolos á ello con sus buenos ejemplos. El suave olor que despedia la pureza de su fé, su ardiente caridad, y firmísima esperanza no pudo ocultarse, ni en su capilla, ni en su retrete, donde ejercitaba con frecuencia estos sublimes actos de religion; y trascendia á todo el palacio, purificándole así de los pestilentes hálitos que le habian infestado largo tiempo, y que siempre



suelen esparcir algunas almas corrompidas que le cercan. Ah! Y ¡cuánto sentia nuestra religiosísima Reyna el hedor intolerable que arrojan de sí los cadáveres ambulantes que giran al rededor de los monarcas! ¡Con qué cuidado huía de ellos esta inocentísima paloma, y retirándose al arca de salvacion respiraba el ayre puro y saludable, que sube como aroma de las fuentes del Salvador! ¡Con qué espíritu se arrojaba en los brazos de este divino señor Crucificado, y repasando sus heridas lavaba con su sangre las faltas de su alma! ¡Qué no la viera yo! ¡Qué no viera á nuestra excelsa y poderosa Señora, y ya perdida Reyna, cuando se postraba á los pies del Crucifijo, cuando se humillaba delante del Todopoderoso, cuando le ofrecia su vida y su alma, y cuan-



do ponía su corona á los pies del Cordero immaculado! La modestia que era uno de los mejores adornos de nuestra augusta Madre, su profunda humildad y el conocimiento de su nada en presencia del Rey supremo de cielos y de tierra, nos han ocultado hasta ahora los hechos mas brillantes de su vida religiosa. Mas ya los dirán aun aquellos que suelen alabar lo bueno que no hacen : ya los dirán los fieles compañeros de su devocion, que nunca faltan en las córtes para consuelo de los buenos : y si los hombres eternamente ingratos é insensibles al encanto de la virtud, negaren este justo tributo de loor, que se debe á la dulce memoria de la mejor Reyna ; se le darán los altares que adornó con su piedad y fervor : se le darán las piedras



del pavimento que regó con lágrimas de dolor y de ternura hacia su Dios. ¿Y quién podrá callar su fortaleza y su constancia en la tribulación? ¿Quién podrá callar la admirable paciencia que manifestó su heroísmo en el primer parto?

El retiro y la apacible soledad eran el centro delicioso de esta gran Señora, que llenaba santamente las horas del día con la lectura de piadosos libros, y el cuidado de su ilustre familia. Los libros santos que hablan siempre al corazón, que no lisongean las pasiones, que enseñan el origen envenenado de nuestras flaquezas, ofreciendo al mismo tiempo los remedios; los libros santos que pintan á los hombres como han sido, que nos presentan sin rebozo el trágico fin de la maldad algunas veces prosperada, y el térmi-



no envidiable de la virtud casi siempre afligida sobre la tierra ; los que colman á la casta Judit de bendicion y de gloria , y muestran á la execrable Jezabel precipitada de lo alto de un balcon , pisada de caballos , y comida de perros ; los libros santos alimentaban y fortificaban el ánimo de la virtuosísima Isabel contra la seductora brillantez de la púrpura , contra los violentos humos del poder , contra el falso resplandor de las riquezas , contra la blandura de los placeres , y contra los hechizos de la perniciosa adulacion. En estos libros leyó la religiosa Reyna el formidable anatema de S. Pablo , que condena de infieles á los Señores que descuidan la conducta é instruccion de sus criados : y temiendo incurrir en él , cumplia exactamente estos deberes que pa-



recia habian olvidado ya muchas de las matronas españolas. La disipacion que suele reynar en las numerosas familias del gran mundo, el espíritu de frivolidad, la pasion indomable del juego, y el agradable bullicio de las diversiones que se suceden sin sentir unas á otras, apenas les dejan hora libre para atender á la enseñanza de los criados, y á la correccion de sus extravios. Pues ¿qué diré de aquella santa práctica que en mejores tiempos era como hereditaria en las familias, introducida por un español de primer orden, reputada por invencion divina, habida como un don particular del cielo, y como una muestra especial de la Reyna soberana hácia los españoles, aprobada por la Iglesia, confirmada por los heroes mas ilustres del cristianismo, ¿qué diré de la antigua,



loable y piadosísima costumbre de rezar el santísimo Rosario los padres con sus hijos y domésticos, que nuestros mayores no habrían dejado por los negocios de mayor importancia? Jamás la omitia nuestra devota Reyna, que parece se habia propuesto desterrar los malos ejemplos que se nos habian pegado de la ligereza extrangera, y renovar la venerable sencillez de nuestros abuelos: y reuniendo su familia le inspiraba la devocion al Rosario, y le rezaba fervorosa contemplando los sublimes misterios de la Encarnacion, de la Muerte y Resurreccion de Jesucristo, que son el principio y fin de nuestros gozos eternos. Llena de tan elevados pensamientos, y atenta á los bienes seguros que promete la Religion, amaba especialmente la tranquilidad de su retiro. Pero este



ejemplar retiro que guardaba la modesta Isabel para enseñarle al bello sexo, fué perjudicial á su salud y le ocasionó las dificultades de su primer alumbramiento. Mas en tantos dias de dolor, y de agudísimo dolor que padeció, y cuando ya se desconfiaba de su importante vida, ¿quién le oyó una queja? ¿quién no vió su decidida conformidad á la divina disposicion? ¿quién no la admiró los ojos clavados en el cielo esperar resignada el suspirado momento de romper las ataduras de la carne y de unirse con Jesucristo? No era llegado todavía, amada Madre : no queria el cielo privarnos tan pronto de un bien cuyo logro nos habia sido tan costoso : no se habian cumplido aun los designios de Dios sobre tu vida prodigiosa. Era necesario que desplegasen un poco mas las santi-



simas lecciones de tu sabiduría cristiana, y los ejemplos de tu acrisolada virtud.

Uno de los grandes abusos que reynaban entre nosotros al arribo de esta delicada Princesa, era la horrible violacion de aquella ley santa que Dios impuso á las madres: y es la de criar los hijos á sus pechos, siempre que una necesidad urgente no les precise á lo contrario. Esta obligacion era casi del todo desconocida, y las madres desnaturalizadas arrojaban de su regazo y de su casa à los tiernos infantes, entregándolos á nodrizas mercenarias y muchas veces corrompidas. Los niños se criaban sin conocer á sus padres, y sin amarlos: ni los padres los amaban como era razon, porque tal vez tal vez tampoco los conocian. ¡Cuántos desórdenes, cuan lamentables desgracias



no nos han resultado de aquí, ya en lo físico, ya en lo moral! Hemos visto una niñez dura, una niñez mal humorada con sus padres, insensible é incapaz de recibir las impresiones de una educacion noble y religiosa cual corresponde á su nacimiento. Hemos observado y con muchísimo dolor, que estos niños hechos mozos miran con menosprecio á sus mayores; y aun que los odian, los persiguen, y calumnian. Mas ¿para qué me detengo en esta materia que nos ha traído males sin término, y deshonrado para un siglo?

Nuestra amorosa Reyna aplicando desde luego á sus pechos á la serenísima infanta Doña María Luisa, y tomando sobre sí las molestias de la crianza, cortó de raiz con tan diestro golpe un abuso, que ni los ministros sagrados con su palabra, ni el



Príncipe celoso con leyes rigurosas habrían con facilidad atajado. Este fue el dichosísimo principio que dió nuestra prudente Reyna á la reforma mas urgente y necesaria á los españoles, á la reforma de educacion, la única que puede curar nuestras llagas envejecidas, hermosando la frente obscurecida de nuestra graciosísima niñez, y formando hombres: hombres honrados, de entereza y probidad, justos, justicieros, cristianos, religiosos; buenos ciudadanos, buenos esposos, buenos padres; magistrados incorruptos, ministros sabios y rectos que prefieran el bien comun del estado, y la verdadera gloria del Monarca á sus intereses personales; nobles y pundonorosos militares que pisen impávidos los peligros y la muerte, cuando se trata de defender la patria que los distingue y los sos-



tiene. Tales fueron, tan altas y magníficas las ideas de esta Madre generosa que perdimos; y segun ellas franqueó toda su proteccion á los establecimientos, que tienen por objeto la educacion y enseñanza de ambos sexos. Dios la habia hecho Reyna por gracia, y siéndolo, tomó voluntariamente el título de superiora generala de las Hermanas de la Caridad: este era su timbre maspreciado: esta será la que habrá ceñido sus augustas sienes. Bien penetrada de aquella sentencia del Salvador que dijo, si no os haceis como niños, no podeis entrar en el reyno de los cielos, descendia del trono llena de bondad y de dulzura para visitar los talleres de los inocentes, y los nobles institutos donde se crian los hombres y los heroes. Su amable presencia era bastante para inflamar á



la estudiosa juventud; pero su caridad y real munificencia se extendia á sumas cuantiosas que sacaba de su grande economía doméstica, y derramaba profusamente en promover las ciencias y las artes, y en sostener los piadosos depósitos, donde en lechos de dolor yacen los pobres y los enfermos. Qué mas? La humildísima Reyna solía visitar con frecuencia la casa de los expósitos, pidiendo los mas sucios para limpiarlos y envolverlos con sus propias manos, queriendo la indulgente Señora remediar á un tiempo la desgracia de aquellos infelices, y cubrir con su manto la debilidad de sus padres. ¿Hay mas que admirar? ¿Se hallan rasgos mas sublimes en los fastos de nuestra historia? Que la sabia Reyna se dignase recorrer las magníficas moradas de las artes, animando con su be-



néfico soplo los ingenios españoles : que tuviese la bondad de entrar en la Real Imprenta, y de examinar por sí misma y con la mayor detencion todos los obradores , fundiendo por su mano algunas letras, y componiendo varios renglones ; no era mas que perfeccionar los caractéres que transmitirán su claro nombre á las edades mas remotas. Que una Princesa anhelando á la ilustracion de su pueblo , y á llevar las ciencias al grado de perfeccion que es dable entre nosotros , dispensase á la Real Académia de S. Fernando el alto honor de ver personalmente sus profesores y sus alumnos, el método de su instruccion y sus progresos, presentándoles las obras originales de su diestra y primorosa mano, para excitar la aplicacion de discípulos y maestros ; esto



es grande, es admirable, es muy digno de la Magestad Real: es decir á los españoles; sed sabios, sed artistas, y hacerlos juntamente. Pero bajar una poderosa Reyna á la inclusa, á ese desgraciado monumento de la fragilidad humana, donde todos son objetos de pobreza, de horfandad, de llanto y desnudez: esto es semejarse à Dios, que bajando de su tálamo estrellado, toma sobre sí las flaquezas humanas para repararlas con su omnipotencia. ¿Y no se confunde nuestro orgullo? ¿Y no lloraremos una madre que así compadecia la desventura de sus hijos? ¿O hijos sin amparo!

¿Si esta Madre compasiva hubiese alcanzado á ver todas las miserias y trabajos de sus pueblos! ¿Si hubiese presenciado la afliccion y desconsuelo del pobre labrador, que



sudando todo el año sobre la tierra vé fallidas sus esperanzas y cosechas! Noble y utilísima porción del estado, amados labradores, yo lo sé: yo sé, que habria enjugado vuestras lágrimas la benéfica Madre que lloramos: yo sé que se hubiera despojado de los adornos de la Magestad, si hubiese visto vuestras familias expuestas á la indigencia, y á los horrores de la hambre. ¡Cómo sufriria su generoso pecho, que esta clase necesaria del estado que le defiende con sus robustos brazos en la guerra, que lo mantiene en la paz, que alimenta, que viste, y provee abundantemente á las necesidades y al regalo de las otras clases; ¡cómo veria con ojos enjutos una madre tan sensible, que estos hombres encorvados ya con el peso de las fatigas, se reduzcan hasta el extremo



de vender sus pobres alhajas, y luego abandonar la tierra ingrata que no corresponde á sus afanes? ¿La humanísima Isabel toleraria, que millares de sus hijos anduviesen errantes por España como tribus salvages, abandonando los campos, cerradas sus casas, cargados con el triste fruto de su amor, y mendigando su alimento los que tantos años le habian procurado á pueblos y á provincias enteras, y le procurarian aun socorridos en la calamidad? Sus entrañas de amor se habrian estremecido á la vista de una madre, que no puede acallar los gritos de sus hijos hambrientos que la cercan. No podia nuestra Soberana ver miserias sin comoverse su ternura; no podia saberlas, sin remediarlas; y si las premuras del erario no hu-



biesen estrechado su benéfí-  
simo corazon, se habria desterrado  
para siempre la pobreza de sus  
pueblos.

Eran muchas y muy urgentes  
las necesidades que España pade-  
cia despues de una guerra tan  
atroz y tan sangrienta: era nece-  
sario acudir á las mas urgentes y  
peligrosas; y esta Madre caritati-  
va se desvelaba incesantemente en  
proporcionar los remedios oportu-  
nos. Despues de una lucha porfia-  
da, despues de tantos yerros po-  
líticos y militares, despues de tan-  
tas y tan enconadas facciones, des-  
pues de la ambicion frenética de  
empleos, de mandos y gobiernos,  
despues de tanta competencia en  
que pospuesto el bien general, se  
mezclaban los intereses particula-  
res so color de patriotismo, ¡qué  
gérmen de division quedó en Es-



pañá! qué espíritu de venganza!  
¿Cuánta sangre se habria derramado en la paz, si la clemencia de Isabel unida á las rectas intenciones de su augusto Esposo no se hubiese opuesto al furor de los dos partidos? Pues la religiosa Reyna no queria perversos en la patria, no queria malvados, no queria miembros podridos que infestasen á los sanos: queria ciudadanos arrepentidos, queria sabios y políticos avisados con la experiencia de las desgracias, queria como tierna Madre extender su velo sobre la ancha España, y cubrir con él á todos sus hijos corregidos, enmendados y dispuestos á entrar en el camino recto de sus deberes, y de la ley divina, que era las delicias de su piadoso corazon. Angeles tutelares de la paz, vosotros que llevais á Dios las obras y los



deseos de los hombres, elevad al trono del Altísimo los ardientes votos de esta benigna Madre por el perdón de todos los inocentes desgraciados, y por la felicidad de los pueblos, que el Señor le confió por una especial é incomprensible providencia. Elevad las obras de piedad y de misericordia con que llenó todos los dias de su vida: dias breves, pero gloriosos : dias consagrados á la santificacion de su alma, y al bien de los prójimos : dias memorables, que le valieron mas que una larga ancianidad, pues segun un oráculo infalible : *Ætas senectutis vita immaculata*. Dios eterno! Dios bueno! ¿Y no se han de prolongar en beneficio de un pueblo afligido? ¿No se han de prolongar en favor de tus amados niños? ¿Estos niños que á tanto precio redi-



miste, cuyos Angeles están continuamente en tu presencia; estos niños que empezaban á prosperar bajo los auspicios de su Madre bienhechora, no dilatarán los dias de su vida? No hay remedio, no; preciosos niños. Venturosos alumnos de S. Antonio, vuestra dicha y vuestra gloria se acabó: ya no vereis mas el dulce rostro de la mas afable Reyna que honraba vuestros ejercicios literarios, que os admitia á besar su real y dadivosa mano, é indulgente se paraba á escuchar vuestros accents: ya no cantareis himnos de loor en su presencia. Acompañad con fervorosas oraciones su alma pura y angelical, para que sea recibida en el celeste coro la que con tanta mansedumbre recibia á los humildes y pequeñuelos. Acompañadla, ó niños inocentes; porque



los decretos de Dios sobre vuestra Protectora se han cumplido : amaneció como una flor por la mañana, y vá à marchitarse por la tarde.

La religiosa y devotísima Isabel acompañó todo el oficio divino la noche del Nacimiento del Señor, y en memoria de tan alto beneficio, y temiendo los peligros de su apurada situación, confesó como si hubiese de morir, recibió la sagrada comunión, y oyó tres misas contemplando fervorosa las maravillas de Dios hecho niño por nosotros. Qué ejemplo! qué edificación! Una Reyna, una Señora delicada, en días de gracia, en el rigor del invierno, en una noche tan cruda, permanecer cinco horas á los pies del Señor recién nacido? ¿Quién de nosotros hizo otro tanto? Sin duda que alguna nueva estrella la llevó á contem-



plar en enigma al Dios del pesebre, á quien luego debia ver cara á cara en los alcázares celestiales. Fortalecida con tantos y tan puros consuelos pasó aquel dia y el siguiente sin la menor novedad en su importantísima salud; pero llegó la infausta noche del 26 de diciembre, lúgubre noche! tenebrosa noche! malhadada noche! en que acometida de un violento accidente, salió de su cámara real una voz á manera de trueno, que estremeciendo los dorados techos, anunció al augusto Esposo, y á las altas dignidades: *que la Reyna muere.... que la Reyna ha muerto....* O muerte! O implacable muerte! qué soberbia caminas con tu presa! Cuán tristes y llorosos nos dejaste!

Pero la Reyna ha muerto? y jóven? y en plena salud? y



de repente ? Estos son los golpes de rayo que espantan y amedrentan á los grandes y opulentos que viven segun el mundo, cuya razon no pasa de la esfera de sus sentidos, y mas allá todo es horror y tinieblas. No saben lo que Dios piensa de los justos; no saben lo que tiene decretado de esta piadosa Princesa arrebatada en el lleno de su gloria. Mas yo siguiendo atentamente la especial providencia de Dios sobre esta alma escogida, y leyendo el único libro que he tenido delante en mi discurso; osaré deciros, que el Señor la arrebató de entre nosotros, ó para que la malicia no trastornase su buen sentido, para que no la pervirtiese el orgullo, la vanidad y grandeza transitoria; ó para librarla de las miserias de este valle de lágrimas, y llevarla



á otra mejor y eterna vida. Y entonces no lloremos por la Reyna: lloremos por nosotros que perdimos una Medianera poderosa, que contenia quizás el brazo vengador de la justicia divina: lloremos por nosotros, que quedamos en medio de nuestros pecados expuestos al furor de su cólera inflamable: lloremos por esta venturosa criatura, cuya juventud consumada en breve, pero toda en buenas obras, condena nuestra larga vida gastada en excesos y pecados.

La Reyna ha muerto, porque Dios que la guardó de los peligros de su niñez, para sublimarla al mas alto grado de gloria que es dado sobre la tierra; quiso ahora asegurarla en el puerto de salvacion, sacándola del peligroso mar de este siglo maligno. La Reyna ha muerto, porque tambien los



justos mueren : pero su muerte es preciosa en la presencia del Señor. En la Reyna ha muerto lo que debia morir : ha muerto el cuerpo que debia volver á mezclarse con el polvo de donde salió ; pero no ha muerto su gloria que tuvo puesta en la cruz del Salvador : no ha muerto su grandeza que se fundaba en el conocimiento humilde de su miseria : no ha muerto su elevacion que estriba en los eternos fundamentos de la Piedra escogida : no ha muerto su espíritu puro lavado con la sangre de Jesucristo, que entró ya por las anchas puertas de la eternidad, no solo y medroso, como el de los pecadores que caminan asustados con el pensamiento de sus delitos, sino acompañado de sus heroicas virtudes, del amor de Dios y del prójimo, de su piedad, de su beneficencia,



de sus limosnas, de este gran seguro que el Rey de los reyes concedió á los ricos para la remision de sus culpas. El espíritu de nuestra amorosa Reyna volvió al soberano Hacedor que le crió, acompañado de los Angeles de paz que siempre deseó, de los Angeles de la niñez que tanto protejió, los cuales defendiéndola en el lance mas temible, la presentaron en el trono de Dios para recibir la corona de la inmortalidad y de la gloria.

Asi



